



Homilía Jornada Mundial de la Juventud 29 de Julio de 2016, Santuario de S. Juan Pablo II

Una palabra de saludo a las personas de Barcelona, Pamplona y Colombia que estáis también presentes en esta celebración de la Eucaristía, en este lugar que es todo un recuerdo del Santo Padre S. Juan Pablo II. La misma losa de su antigua tumba nos está recordando durante toda la celebración lo que fueron los últimos días de su persona entre nosotros, y también ha sido un regalo, que justo delante de lo que fue el recuerdo permanente de su tumba en S. Pedro, el Evangelio que hemos escuchado (Jn 11, 19-27) nos haya hablado precisamente de la resurrección y de la vida, que es Jesús. Así la Iglesia lo ha reconocido ya, nombrándole santo, que ya está con el Señor, y solemnemente la Iglesia lo ha reconocido y un día nosotros confiamos que también, ojalá, el Señor nos ponga junto a él por toda la eternidad. Por lo tanto, bienvenidos todos, los de la Diócesis de Orihuela-Alicante y los demás hermanos de otros lugares que estáis en esta Eucaristía y que para nosotros, los de la Diócesis de Orihuela-Alicante, es un punto culminante de nuestra peregrinación a la JMJ.

Quisiera decir que me resulta un poco difícil desconectar esta Eucaristía, de la celebración del sacramento de la penitencia, que el grupo de nuestra Diócesis va a vivir después y de ese tiempo de retiro que queremos vivir esta mañana. Me permito subrayar un par de cosas.

En primer lugar que esta peregrinación, esta Jornada Mundial de la Juventud, nuestra presencia aquí, está dentro de ese gran marco que el Papa Francisco ha querido para toda la Iglesia, y que determina esta Jornada. Estamos en el Año Jubilar de la Misericordia. El tema de la misericordia sabéis que abraza todo lo que es la revelación cristiana. El mismo Padre, rico en misericordia, se ha manifestado en Jesús, Él es el rostro del Padre, de su misericordia, de su bondad, pero sabéis que en la Sagrada Escritura, en los mismos Evangelios, leemos dos grandes actitudes, dos grupos de personas: aquellos que cuando se plantan ante Dios, ante su acción, ante su misericordia y bondad se consideran justos, creen que no están necesitados, son buenos, perfectos, acabados, y luego hay todo un colectivo que se manifiesta y aparece de formas diversas, gente que tiene conciencia de pecado, de cantidad de cosas de las que tiene que pedir perdón al Señor, y que se acercan a Jesús, bien como enfermos del cuerpo o del alma, con ese grito del ciego de Jericó: "Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí".

Ojalá, cuando termine esta Jornada Mundial de la Juventud, esta misma mañana que hemos querido tener este momento fuerte para vivir esta Jornada, la gracia, la misericordia de Dios haya tocado nuestro corazón y el resultado no haya sido haber hecho una excursión santa, preciosa a este templo, o a los distintos lugares escuchando al Papa. No. Si todo esto no entra en nosotros, no cambia nuestra vida, si todo eso no lleva a la conversión, si todo eso no lleva a ser más de Jesús, ¿de qué habrá servido? ¿un recuerdo más en nuestra vida? ¿Una cosa

que contar los más jóvenes a vuestros nietos cuando pasen muchos años? ¿Una batallita más que recordar con mil anécdotas? Lo importante es la conversión, que el reino de Dios entre dentro, que cambie nuestras personas, la presencia de Jesús. El Papa en el discurso de ayer, en ese acto en el que os daba la bienvenida, quiso destacar de distintas formas que lo importante era Jesús, encontrarse con Él, descubrir al Señor, algo fundamental en nuestra vida.

Además en este Año la Misericordia hay a través de distintos momentos del Evangelio que Jesús nos quiere recordar por medio de su Iglesia cosas tan importantes. No sólo que Dios es amor, lo escuchábamos en la primera lectura de la carta de Juan, en esta memoria de Santa Marta. Dios es amor. Un poco como resonancia de esa hospitalidad de Marta que se desvela, que se desvive, se preocupa de los demás, el amor de Dios en aquellos que son de Dios se manifiesta en el servicio. Pero en definitiva el Papa nos recordaba y nos recuerda este año, a través de una serie de imágenes: Dios está buscándonos, Dios nos está esperando, Dios está queriendo curarnos. Esas tres grandes parábolas de este año: la oveja perdida, Cristo es imagen del Padre que nos quiere y que nos busca. El hijo pródigo o el padre bueno, Cristo, el Padre espera, o el buen samaritano aplicado ya, en los santos padres, al mismo Jesús. Cristo que viene a curar no sólo a la humanidad, sino a cada uno de nosotros. Esas mismas imágenes del aceite y del vino con que el buen samaritano, trata con el aceite de dar bálsamo, de dar sosiego, de calmar los dolores, o el vino, signo de medicina, de curación. Nosotros debemos acercarnos al Señor, buscando, tratando de dejarnos curar, encontrar, abrazar por el Señor. Ese logotipo del Año de la Misericordia. Hay que preguntarse en qué aspecto debemos cambiar el corazón, volver a casa, dejarnos curar, empezar de nuevo.

Me gustaría recordar, además del gran tema del perdón, que preside esta mañana, en esta peregrinación nuestra un tema que tiene mucho que ver por la edad de los que estamos aquí: la vocación.

¿Cuál es nuestra vocación? ¿A qué nos ha llamado el Señor? ¿Qué estamos haciendo en nuestra vida? ¿Qué estamos haciendo? Recuerdo que ayer en una catequesis, en Bochnia, se nos recordaba que hay como cuatro vocaciones en cada cristiano, delante de nosotros. Una común y fundamental: la vocación por el bautismo a seguir a Jesús. Todos estamos llamados a seguir al Señor al Señor, a ser suyos, y lo somos ya por gracia en el sacramento del bautismo.

Pero después cada uno ese seguimiento, ese seguir a Jesús lo tiene que desplegar desde un camino propio, personal al que Jesús nos llama para construir el pueblo de Dios, para servir a los demás. Como sacerdotes, como personas consagradas, o en el sacramento del matrimonio.

Vale la pena que los que estamos aquí, algunos habéis consagrado ya la vida al Señor, mirad qué habéis hecho, qué hacéis con esa donación total asemejándoos en todo a Jesús, pobre, casto, obediente, qué estáis haciendo los que estáis en el camino del sacerdocio en el Seminario, o los que un día recibimos ya el sacramento del orden, qué estamos haciendo de ese tesoro de gracia que es nuestra vocación para ser servidores de la Iglesia, hacer presente a Jesús, cabeza, que da la vida por su pueblo que es la Iglesia. O en el amor matrimonial, desde ese mensaje de amor que el Papa, en *Amoris Laetitia*, nos acaba de proponer y que vale para aquellos que como novios estáis en camino de ese sacramento o aquellos que un día fuisteis consagrados en vuestro amor por el mismo Jesús en el sacramento del matrimonio.

El Papa ayer, y quiero subrayar esto, para terminar, hablaba de ser gente joven que no se conforme, que esté dispuesto a vivir, a cambiar a llegar a ser en plenitud la propia vida. Decía concretamente: «me genera dolor encontrar a jóvenes que parecen haberse “jubilado” antes de tiempo». Lo dijo textualmente el papa, criticó al joven jubilado, que se conforma, que

ha tirado la toalla, que piensa que ya nada es posible, que todo es imposible en su vida, que vive sin trabajar, sin rendir, sin convertirse, sin entusiasmo, sin ser joven, jubilado, fuera de camino con la vida terminada, siendo un muerto en vida. O como decía también el Papa que invitaba a no ir detrás de aquellos que se dedican a vender humo, mentiras, fantasía. Hablaba y hacía un llamamiento al esfuerzo, al trabajo, al compromiso, al realismo.

Mis queridos hermanos, el Evangelio nos ha hablado de Marta, pero en Betania, junto a Lázaro, había dos: Marta y María. Y muchas veces la reflexión de la Iglesia ha querido ver en las dos esa doble cara, doble aspecto de la vida cristiana: vivir pendientes de Jesús (María que estaba a los pies, alimentándose de su palabra, contemplando al Señor), pero a la vez Marta, que es la acción, el compromiso. No hay compromiso y vida cristiana plena sin amistad con el Señor, Betania es la casa de la amistad, Jesús allí descansa, nosotros somos amigos de Jesús, somos gente que acoge al Señor en nuestra vida, en nuestra casa y somos como María, capaces de rezar, de hablar con Él, de escucharle, de tener silencio, de seguirle, de vivir desde Él y para Él y ser Marta, no gente vaga, sin ganas de trabajar, viviendo en la comodidad o en falsos misticismos, sino haciendo del encuentro con el Señor un camino, una fuente de misión, de compromiso, de gastar la vida, como Marta, sirviendo a los demás.

Muchas cosas nos ha dicho el Señor ante lo que era la tumba de S. Juan Pablo II, el día en que el Evangelio nos ha dicho «Yo soy la resurrección y la vida». Queridos hermanos, que esta peregrinación sea peregrinación. Que esta Jornada Mundial de la Juventud sea lo que él, Juan Pablo, que tuvo la inspiración de ponerla en marcha quería que fuera: ámbito de encuentro con el Señor, ámbito de nuevas vocaciones, de conversión de jóvenes, de experiencia de Iglesia, de salir lanzados, encendidos, entusiasmados, de vuelta cada uno al campo donde Dios nos ha plantado para dar fruto. Todo lo demás es turismo, es fantasía, es puro recuerdo, postal vieja y amarilla para de aquí a unos cuantos años. Ojalá escuchéis la voz del Señor, ojalá vuestra vocación, la ya decidida quede fuerte y clara, y aquellos que estáis decidiéndola encontréis aquí la luz del Espíritu para encontrar el camino de vuestra vida, la respuesta a vuestras preguntas, la salud para vuestras heridas, pero todos desde Jesús, la ilusión y la fuerza para ser evangelizadores en una Iglesia que os necesita, que está pobre de jóvenes, que está pobre de apóstoles, que está pobre de misioneros en el sacerdocio, en el matrimonio, en la escuela, en la familia y en todos los lugares. Ojalá seamos María de corazón, pero Marta en la actividad. Así sea.

A handwritten signature in blue ink, consisting of a cross-like symbol followed by a stylized, cursive name.

✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante